



EL BIBLIOTECOM

ENCICLOPEDIA DE HISTORIA ARGENTINA (TOMO 1)

Índice

HISTORIA ARGENTINA	Pág. 1
LOS TIEMPOS ESPAÑOLES (1492-1805)	Pág.2
I - Antes de España	Pág.4
Los primeros	Pág.5
Los indios de la conquista	Pág.7
Habitantes de las sierras	Pág.8
Habitantes del litoral	Pág.10
Habitantes de la llanura	Pág.11
Habitantes de los montes	Pág.13
Habitantes del sur	Pág.16
II – La Madre Patria	Pág.18
España dueña del mundo	Pág.19
La ruta de occidente	Pág.23
Colón, el visionario	Pág.29
III – El Nuevo Mundo	Pág.37
Descubrimiento del continente austral	Pág.38
Españoles y portugueses	Pág.43
El mar dulce	Pág.44
Abandono de la ruta de occidente	Pág.46
En busca del rey blanco (1526-1531)	Pág.47
IV – La Conquista	Pág.52
La maldición del Plata y el poblamiento de Indias	Pág.53
Los adelantados	Pág.57
El “poblamiento” de ciudades	Pág.61
V – Los Conquistadores	Pág.63
Pedro de Mendoza, el enfermo ilusionado	Pág.63
Irala, el caudillo	Pág.74
Entradas por el Tucumán y Cuyo	Pág.79
Juan de Garay, el fundador	Pág.84
La Patagonia	Pág.93
VI – El puerto contra el país	Pág.97
Hernandarias, el protector	Pág.98
“Beneméritos” y “Confederados”	Pág.102

VII – Las Repúblicas Indianas	Pág.113
Evolución del municipio castellano	Pág.114
El municipio indiano	Pág.116
Las “Repúblicas de españoles”	Pág.117
La dominación sobre el indígena	Pág.122
VIII – Los Reinos de Indias	Pág.127
Leyes de Indias	Pág.128
El monarca	Pág.131
Consejo Supremo de Indias	Pág.132
Casa de contratación	Pág.134
Audiencias	Pág.134
Virreyes y otros funcionarios reales	Pág.136
Iglesia indiana y Real Patronato	Pág.140
IX – Gobernadores y Corregidores	Pág.142
Gobernadores de Buenos Aires (después de Ruiz de Baigorri)	Pág.143
Gobernadores del Tucumán (posteriores a Fernando de Zárate)	Pág.145
Corregidores de Cuyo	Pág.148
Misiones guaraníes	Pág.149
X – Sociedades Indianas	Pág.151
La ciudad	Pág.152
La campaña	Pág.155
La economía	Pág.158
La instrucción y la cultura	Pág.160
XI – De los Reinos de Indias a las colonias de América	Pág.162
La cuestión de la “Colonia del Sacramento” y el reparto de Utrecht	Pág.163
España y el Río de la Plata después de Utrecht (1713-1766)	Pág.167
El “común” de Asunción	Pág.169
La “Vecindad” de Corrientes	Pág.172
Expulsión de los Jesuitas	Pág.175
Las Malvinas y los ingleses	Pág.177
Las “colonias” de América	Pág.180
XII – El Virreinato	Pág.183
Creación del Virreinato de Buenos Aires	Pág.184
Organización del Virreinato	Pág.187
Los virreyes hasta Sobremonte	Pág.189
Fracaso del mercantilismo español	Pág.192
Tupac-Amaru	Pág.195
Sociedad y cultura	Pág.198
Organización militar (hasta 1807)	Pág.200

HISTORIA ARGENTINA

ELBIBLIOTECOM

JOSÉ MARÍA ROSA

HISTORIA ARGENTINA

TOMO I

**LOS TIEMPOS ESPAÑOLES
(1492 – 1805)**

ELBIBLIOTECOM



**EDITORIAL ORIENTE S.A.
BUENOS AIRES**

a Vicente Rosa

ELBIBLIOTECOM

I

ANTES DE ESPAÑA

1. Los primeros.
2. Los indios de la conquista.
3. Habitantes de las sierras.
4. Habitantes del litoral.
5. Habitantes de la llanura.
6. Habitantes de los montes.
7. Habitantes del sur

ELBIBLIOTECOM

1. LOS PRIMEROS

Los habitantes de las barrancas.

No se sabe de dónde vinieron. Pero en tiempos alejadísimos cuando los contornos de la tierra no habían tomado su diseño actual, los ríos no surcaban sus cauces de ahora, se hacía sentir un clima húmedo y pesado y vagaban por la pampa cubierta de ciénagas los grandes mamíferos extinguidos, había seres humanos en los acantilados de la costa atlántica entre Mar del Plata y Bahía Blanca. Un atlas encontrado en Monte Hermoso y dos molares de Miramar los muestran de pequeña estatura (no más de 1m60), pero de constitución robusta. Ameghino atribuyó a quienes llamaba *prothomos* (“antes del hombre”) la antigüedad remotísima del período terciario, y conjeturó fuesen los antecesores de la especie humana. Su hipótesis hizo escándalo, y no fue aceptada por los investigadores europeos. Desde luego había errores, y gruesos, en las conclusiones del naturalista argentino: el horizonte contemplado por el ser de las barrancas era el llamado *chapidmalense* y no correspondía al terciario sino al cuaternario inferior; y desde ese tiempo había restos indudablemente humanos en yacimientos ingleses y alemanes (el *hombre de Heidelberg*, el *hombre de Pitcairn*).

Las huellas de la industria rudimentaria del habitante de las barrancas del Atlántico y el análisis de sus restos fósiles, permiten asegurar que este cuaternario argentino puede clasificarse dentro de la especie “hombre” si bien difiere en algunos rasgos del homo sapiens contemporáneo. Por eso se le da el nombre de homo *chapidmalensis*. Era un “hombre” bastante hábil, cuya técnica —hachas de piedra percutida, boleadoras de piedra con surcos desgastados por los tientos de cuero o fibra— lo colocaba a la cabeza de la humanidad primigenia; pues sus contemporáneos de Heidelberg y Pitcairn, mientras los hallazgos eneolíticos no digan otra cosa, se servían apenas de piedras de sílex manejadas con el puño.

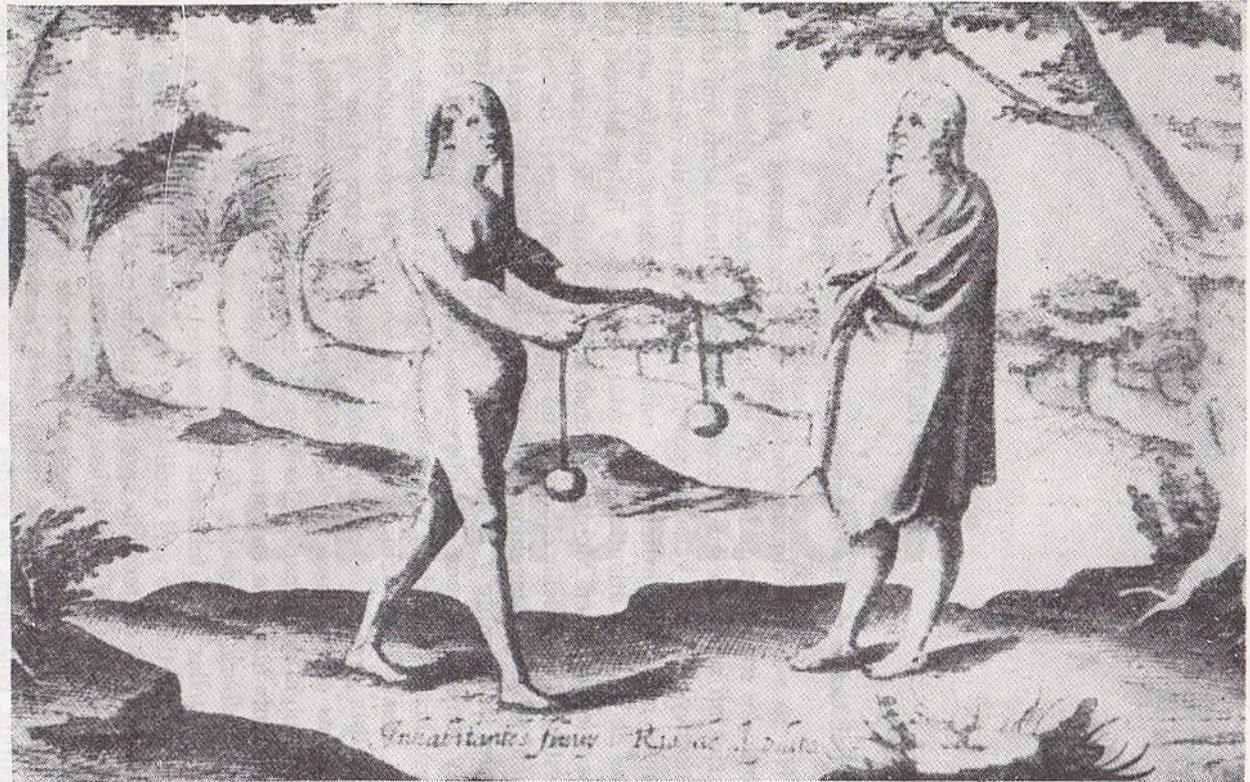
Ameghino le dio un origen americano; pero la presunción de unos homínidos antropoides vagando por la Patagonia formulada por el naturalista no tuvo bases firmes, pues nunca se encontraron sus fósiles, y no es aceptada hoy en día. Pero entonces, ¿de dónde vino el hombre de las barrancas? Debemos manejarnos por conjeturas y con precauciones en cosas no establecidas de modo fehaciente. Si debió llegar de alguna parte, solamente pudo hacerlo a través de ese “puente” que según los geólogos unía al Viejo y al Nuevo Mundo en las primeras capas del cuaternario: la delimitación de los continentes no era como hoy, y podía cruzarse a África y Europa por una perdida “Atlántida” que yace bajo el mar.

Suponemos que vino tras los animales que le servían de alimento, cuya emigración de oriente a occidente y de norte a sur a principios del cuaternario ha sido establecida con certidumbre. La pampa, cálida, húmeda y pantanosa de entonces, era un refugio admirable para las especies que huían de las inclemencias en el primer período glacial europeo, y en su persecución debieron llegar y establecerse los hombres de las barrancas.

Eran seres rudimentarios, pero más hábiles que sus contemporáneos europeos. Por los rastros esparcidos en las barrancas sabemos que hendían la piedra para fabricar hachas y puntas de lanzas, aguzaban huesos y molares de los grandes mamíferos pampeanos (los *toxodones* fuertes y pesados, los *esmilodones* tigres enormes de salientes colmillos) dándoles formas de punzones, y ataban tientos, que debieron ser de cuero, a los guijarros redondeados empleados como bolas arrojadas. Sobre todo eran seres sociables, lo que no puede afirmarse de sus congéneres de Heidelberg y Pitcairn. En los acantilados de la costa se han encontrado depósitos de escorias vítreas y tierras calcinadas que se suponen rastros de fogones, los primeros alumbrados del mundo. Protegidos por el fuego de las inclemencias del tiempo y el terror de las noches debieron vivir los hombres de Chapadmalal: allí, en la incipiente asociación del hogar, en un lentísimo proceso de milenios, sus gritos guturales que expresaban emociones se fueron haciendo lenguaje enunciativo y designativo.

Eran cazadores: se ha encontrado un fémur y algunas vértebras de toxodones con puntas de lanzas incrustadas. Mientras los hombres cazaban, debieron las mujeres trabajar las hachas, punzones, boleadoras y los indudables pero perdidos instrumentos de madera o confecciones de pieles o cuero (pues el transcurso del tiempo no perdonó aquello que no fuera piedra o hueso) que los ayudarían a vencer la naturaleza.

Nada más se sabe de los hombres de Chapadmalal. Ignoramos sus habitaciones, si las tuvieron, o si se abrigan en las anfractuosidades de la barranca. Nada de sus costumbres, forma de asociación, lenguaje que sin duda poseyeron, ni si usaban el fuego para asar o cocer sus alimentos o los ingerían crudos. Sólo podemos afirmar que estuvieron allí, en los acantilados del Atlántico, en una edad remotísima que se cuenta por centenas de milenios; fueron fuertes e industriales, y protegidos por su ingenio incipiente se mantuvieron en el litoral y el período íntegro del cuaternario inferior.



“...Mediante ellas parece sobrevivir el espíritu de la tierra...” (p. 8).

Los pampeanos.

Paso el tiempo. Transcurrieron el cuaternario inferior y el medio con sus alternados períodos de precipitaciones pluviales y pausas de relativa sequedad, que caracterizan a los tiempos glaciales en el hemisferio sur. Durante esas pausas se adentran los hombres a la pampa que ofrece un piso más firme a su paso: van en persecución de los *gliptodontes* (armadillos gigantes de dos metros de largo y metro y medio de altura) de carne sabrosa y tierna, o de los ñandúes y gacelas reproducidos en gran número en la tierra liberada de ciénagas. Dejan sus huellas en Ensenada. Carcarañá, Baradero (*piso ensenadense*), Luján, Esperanza (*piso lujanense*) ¿Eran descendientes de los habitantes del cuaternario inferior, estos “hombres pampeanos” (*homos pampeus*) que en la etapa media corren tierra adentro al ñandú con sus boleadoras y matan y descarnan los gliptodontes con hachas y punzones tallados o pulidos? ¿O pertenecen a una raza extranjera que exterminó, o se mezcló, con la aborigen? No podemos saberlo. Pero descendientes o vencedores de quienes habitaron las barrancas, los que se internan en la pampa tienen sus mismas hachas y punzones de piedra, lanzas de hueso y boleadoras hendidas: pero ya ha aprendido a tallarlas el “ensenadense” y a pulirlas el “lujanense”. Han traído ¿o inventado? el arco y las flechas con puntas de piedra o hueso, arma preciosa; trabajan ingeniosos anzuelos de hueso con extremos hábilmente retorcidos y posiblemente redes de pescar de fibra vegetal con las agujas, también de hueso, encontradas en estos pisos arqueológicos. Conjeturablemente coserían pieles con las mismas agujas para los techos de los toldos que los abrigan de la lluvia y la noche; aunque algunos estudiosos, por haber encontrado huellas del *homo pampeus* junto a corazas descarnadas a hacha o punzón de *gliptodontes*, conjeturan que pudieron éstas servirles de habitación.

Los osarios “ensenadense” o “lujanense” nos dicen el tipo físico de los hombres pampeanos: de la misma talla —1m60— de los de Chapadmalal, tenían salientes los pómulos, cabezas alargadas sin arcos superciliares y con órbitas propias de ojos oblicuos (de las características faciales del hombre de las barrancas nada puede saberse, por no haberse encontrado huesos de sus cráneos). Eran los pampeanos ya verdaderos “hombres” de la especie *homo sapiens*, del tipo que los antropólogos llaman “mongoloide”: los más antiguos mongoloides del mundo, mucho más remotos que los encontrados en otras partes.

Los australoides.

A fines del cuaternario —piso aimarense— el horizonte ha tomado una fisonomía aproximada de la actual: los grandes ríos corren por sus cauces ahora, y la costa tiene aproximadamente el trazado contemporáneo. La pampa es ahora una inmensa y árida llanura, habiéndose secado o reducido las ciénagas y pantanos que la anegaban. Un clima estable sustituye las inclemencias intermitentes de los tiempos glaciales, y han desaparecido para siempre, extinguidos por las duras condiciones del último período pluvial, los toxodones, esmilodones y gliptodontes que la poblaban. La fauna y la flora son aproximadamente las que habrá en la Argentina a la llegada de los españoles.

El hombre sobrevive. Al tipo mongoloide primitivo se mezcla otra raza llegada del norte en busca de las riquezas cinegéticas de la pampa, de alta frente, arcos superciliares marcados, índice dolicocefalo y talla mayor (1m70). Son los “australoides” (*homo Australis*), que los brasileños llaman “hombres de Lagoa Santa”. Durante un tiempo conviven las dos razas sin mezclarse, posiblemente en lucha, y los yacimientos muestran los cráneos de ambos en el mismo piso arqueológico; pero luego se nota la fusión de pampeanos y australoides en un tipo con características de uno y otro, con preponderancia de los últimos. ¿Se hizo por predominio de un pueblo conquistador que dominó y se mezcló con parte del dominado, mientras los mongoloides emigraban a regiones alejadas? No se ha dicho la última palabra.

Desde la invasión australoide a la pampa hasta el arribo de los españoles, en un largo transcurso de siglos, el hombre de la llanura no mostrará modificaciones esenciales. Cuando los bosques chaqueños y las sierras del noroeste se pueblan con otra gente venida conjeturablemente de las montañas y altiplano del norte, los habitantes de la llanura siguen persiguiendo al ñandú y al venado con boleadoras inventadas por el remotísimo cazador de Chapadmalal, contemporáneo de megaterios y milodones, y transmitidas de vencidos a vencedores como el instrumento preciso para dominar la pampa y sus veloces moradores. Mediante ellas parece sobrevivir el espíritu de la tierra.

2. LOS INDIOS DE LA CONQUISTA

Importancia de su estudio.

La dominación española no fue la violenta sustitución de un pueblo vencido por otro vencedor como ocurrió con la colonización inglesa de América del Norte. Fue una imposición que hizo a los españoles señores de la tierra, pero mantuvo a los indígenas, convertidos y más o menos mestizados, como capa proletaria de la sociedad americana. Fue en todo caso, una sustitución de superficie debajo de la cual sobrevivió la masa indígena sometida, y a sus márgenes los pueblos bravíos que resistieron la conquista y el cristianismo. Los españoles impusieron su religión, lenguaje, modos de producir, costumbres familiares y organización política. Pero la simple dominación, aunque acabe por aceptarse o tolerarse como en América española, y coincida con una mezcla de sangres, y sobre todo una unidad religiosa, no hizo desaparecer todas las características de los dominados. Algo de la cultura aborigen sobrevivió en las formas que tomará el cristianismo americano, habrá giros y palabras vernáculos incorporados al lenguaje corriente (en algunas partes la lengua indígena llegó a prevalecer sobre el mismo castellano, aun entre los conquistadores), y mucho quedará de la

manera de ser y pensar aborigen en las costumbres sociales y realidades políticas plasmadas en “las Indias” después de la conquista. Aun los españoles puros sin y palabras de sus encomendados, y también de los pueblos indómitos contra quienes combatían.

De allí la necesidad de conocer a los pueblos aborígenes como preliminar previo a la historia de los argentinos.

Clasificación.

La clasificación en grupos, ramas, naciones o tribus no resulta del todo convincente. Fueron comunes los desplazamientos y mestizajes de los indígenas pre y post colombinos, y mucha la influencia recíproca de sus costumbres, formas religiosas, armas de guerra y sobre todo lenguaje. Así los habitantes del litoral, de origen mezclado con prevaencia de pueblos chaqueños, hablaban el idioma de sus vecinos guaraníes o formas dialécticas con preeminencia de éste; los *tonicotes* y *lules* de Santiago del Estero y Tucumán, aunque pertenecen racialmente, a la gran nación cazadora y guerrera *mataca* de los bosques chaqueños, han recibido de sus vecinos *diaguitas* del noroeste serrano las nociones del cultivo de las tierras y se transformaron en pueblos sedentarios y más o menos pacíficos, que acabaron por resignarse con la dominación española. Lo que no ocurrió a sus hermanos del Chaco.

Por su *hábitat*, que coincide con el sometimiento o no a los españoles, he clasificado a los indígenas argentinos en cinco grandes grupos. Los *habitantes de las sierras* (*diaguitas*, *huarpes*, *comechingones*, *omaguacas* y *atacamas*), que a la llegada de los conquistadores tenían más o menos contacto con el imperio incásico y habían recibido la influencia de las culturas del norte. Los *habitantes del litoral de los grandes ríos* (*guaraníes* sobre todo, *chanás*, *timbres*, *charrúas* y pueblos afines), a los que podría agregar los *chiriguano*s de Salta, de raza, lengua y cultura guaraní a (aunque se discute si estaban en el siglo XVI en territorio argentino). Los *habitantes de la llanura*, que corrían la Pampa (los llamados *pampas* de primitivo lenguaje “*hef*”, vencidos y mezclados después de la conquista española, con los *araucanos* de Neuquén y Chile). Los *habitantes de los montes* (*matacos* y *guaycurúes*, a excepción de *tonicotes* y *lules*). Y finalmente los *habitantes del sur* (*tehuelches* y *onas*). Quedarían fuera los *yaganes* y *alacalufes* en los canales fueguinos, pero estos indígenas no habitaron un territorio que se mantuvo argentino.

3. HABITANTES DE LAS SIERRAS

Comprenden cuatro grupos: los *diaguitas*, conocidos con el nombre genérico de *calchaquíes* por uno de sus pueblos, el más belicoso y difícil de dominar; los *huarpes* y sus congéneres *comechingones* y *sanabirones* de Córdoba y Santiago del Estero; los *atacamas* y *omaguacas* de Jujuy y oeste de Salta y Catamarca; y finalmente las parcialidades de origen *mataco* como los *tonicotes* y *lules*, que a pesar de conservar su lengua y organización primitiva, eran agricultores y aceptaron la dominación española. Por esta causa, a estos indígenas, a pesar de vivir en una región llana y boscosa como es el este de Tucumán y oeste de Santiago del Estero, los he preferido tratar aquí.

Diaguitas.

Vivían en la extensa zona serrana del noroeste de Salta a San Juan y desde la cordillera al Aconquija. Físicamente eran de regular estatura, con rostro de líneas finas. En los tiempos de la conquista hablaban el *auichua* de los incásicos, con resabios de su primitivo idioma llamado *cacan*. Habitaban en aldeas a lo largo de los valles y quebradas, dedicados a la agricultura: sembraban maíz, zapallos, papas y porotos, y también criaban llamas domésticas que les servían para transporte, pero no comían su carne. Recolectaban frutos silvestres, como la algarroba con la que fabricaban la *aloja*, bebida fermentada. Fumaban tabaco en pipas de arcilla.

De lana de guanaco, llamas y vicuñas, sus mujeres hacían tejidos de artística confección que teñían con jugos vegetales, y *ojotas* de cuero para el calzado. Eran excelentes alfareras y decoraban las cerámicas con líneas de colores o representaciones de animales, posiblemente por motivos religiosos. Los hombres trabajaban la piedra con figuras humanas o de animales, indudablemente de representación totémica (*tótem*, palabra iroquesa que se aplica a la forma religiosa donde se adoran figuras animadas o inanimadas). Se han encontrado en Tucumán menhires de piedra de indudable culto primitivo, pero algunos lo suponen una cultura anterior a la diaguita. También habían aprendido éstos de los incásicos el arte de fundir los metales, y hacían de cobre con pequeña aleación de estaño, que no llegaba a las proporciones del bronce, cuchillos, hachas, punzones y joyas de adorno.

Sus ideas religiosas estaban influenciadas por los incas, aunque sobrevivían vestigios de antiguos cultos totémicos o fetichistas (formas semi-animadas que distinguen a una aldea). Adoraban al *Inti*, el sol y a *Apu*, el genio tutelar de la tierra; temían al trueno y los rayos como entidades diabólicas de las que convenía alejarse y no irritar. Sus hechiceros practicaban la magia y tenían gran influencia en las aldeas, apenas superadas por los jefes guerreros. Sus fiestas religiosas consistían en comidas con sacrificio de un animal al *Inti* o *Apu* que ingerían para comunicarse con el dios: evidente resabio de la antigua fiesta del “fuego” de los pueblos totémicos, y extrañamente análoga a la eucaristía cristiana. Creían en la supervivencia del alma, y suponían que las estrellas eran los espíritus de los hombres buenos idos al cielo junto al *Inti*. Enterraban a sus muertos con las piernas recogidas o de pie, casi siempre en cavernas o grutas. Para los jefes y hechiceros empleaban urnas funerarias.

Fueron el pueblo más civilizado del territorio argentino. Aunque pacíficos por naturaleza, la conquista española despertó sus instintos guerreros, y se sublevaron contra la dominación cristiana en la cruenta *guerra calchaquí*. Sus

armas eran temibles: flechas con punta de cobre, que sabían disparar atrincherados en sus *pucarás*, fortalezas construidas en lo alto de los cerros; allí también amontonaban piedras que arrojaban al enemigo. Las mujeres combatieron junto a los hombres alentándoles, y quienes huyeron de la batalla fueron despreciados por la comunidad íntegra; finalmente diezmados y vencidos, acabaron por capitular, y los sobrevivientes aceptaron las “encomiendas” — bastante aligeradas por prudentes disposiciones gubernativas— y trabajaron en beneficio de los conquistadores.

Los huarpes.

Se extendían por la planicie al nordeste de Mendoza, este de San Juan, La Rioja, Catamarca y parte de Santiago del Estero. Eran “altos como varales” al decir de un cronista español, delgados y enjutos. Hablaban dos lenguas o dialectos de común origen: el *allentiac* los sanjuaninos y habitantes del norte; y el *millcayac*, los mendocinos. Lenguajes guturales, que nada tienen que ver con el *quichua* ni con las lenguas araucanas de quienes vivían en la cordillera o al sur de Mendoza.

Habitaban en pequeñas aldehuelas durante el invierno, que dejaban en la estación propicia para cazar, su medio principal de vida. Mataban venados y ñandúes con trampas, flechas y lanzas. Al iniciarse la dominación española habían aprendido al agricultura por contactos con los incas —a quienes prestaban tributo—, y en el río Mendoza construyeron canales de riego, como el Zanjón del cacique Guaymallén en cuya orilla se fundaría la primitiva Mendoza. Sembraban maíz, frijoles y zapallos.

Vestían taparrabos, y las mujeres se tatuaban la cara. Ellas eran industriosas y tejían cestas y canastillas de paja tan apretada que servía para contener líquidos; también hacían pero en forma rudimentaria, obras de alfarería, mientras los hombres salían en sus expediciones de caza. Los *millcayac* del sur (que los araucanos llamaban *puelches* o “gente del este”) usaban boleadoras conocidas por contacto con los habitantes de la pampa.

Sus ideas religiosas no iban más allá de un antiguo totemismo.

Se sometieron dócilmente, y resultaron tan aptos al servicio de las encomiendas que muchos huarpes fueron remitidos a Chile, poblada por indios bravíos y resistentes a las “encomiendas”.

Comechingones y sanabirones.

Los *comechingones* fueron los habitantes de las sierras de Córdoba, y los *sanabirones* de la llanura inmediata al norte, este y sur. Hablaban formas dialectales de una misma lengua primitiva, donde *sacat* es “población” (Anisacate, Sinsacate, etc.) y *chinga* o *comechinga* parece ser “región” (de allí Ascochinga, comechingones, etc.). Eran más bajos de estaturas que los huarpes, pero bien proporcionados y con rostro de líneas finas.

La cultura de los *comechingones* fue mayor que la de los *sanabirones*; vivían en casas de piedra, aunque pequeñas y semienterradas que ha hecho decir que eran trogloditas; sus pueblos estaban compuesto por treinta o cuarenta casas, regido por un consejo de ancianos o cabezas de estirpes. Vestían tejidos de lana de guanaco. En cambio los *sanabirones* iban casi desnudos, y habitaban en casas de paja. Ambos pueblos eran agricultores, además de cazadores y sembraban maíz y frijoles, usaban flechas y lanzas para sus cacerías, y los del llano sureño tenían boleadoras tomadas indudablemente de los pampas.

Eran pacíficos y de carácter dulce, y fueron fácilmente sometidos.

Atacamas o atacameños.

Vivían en la punta del mismo nombre, y a la llegada de los españoles estaban sometidos a los incas y dedicados principalmente al tráfico de llamas y sal a través de los pasos de la cordillera. Tenían baja estatura, nariz chata, pómulos salientes. Hablaban una lengua vernácula (el *cunza*, que significa “nuestro idioma”), aunque también usaban el quichua, que acabaría por prevalecer.

Habitaban pequeñas aldeas; mientras los hombres se marchaban como arrieros, las mujeres tejían mantas de vicuña o guanaco, fabricaban cerámica y plantaban el maíz. Tal vez por lo seco de su “hábitat” podían conservar la carne de venados en tiras que llamaban *charque*.

Se cubrían con grandes mantos tejidos que les tapaban hasta la cabeza; calzaban *ojotas* de piel o de cuero. Fabricaban chicha y hacían un gran consumo de *coca*, que masticaban incesantemente, como paliativo a la fatiga, al hambre y a la sed, en sus largos arrees.

Tenían, como otros pueblos del norte, la costumbre de deformar la cabeza de los niños, comprimiéndola entre dos planchas de madera o metal.

Sus ideas religiosas habían sufrido la influencia incásica, pero tenían resabios de un *animismo* (culto a los fenómenos naturales) primitivo. Más que *Inti*, su devoción era la *Pacha*, diosa tutelar de la tierra; creían en demonios que debían mantener propicios. Enterraban a sus muertos en grutas, y tenían idea de al inmortalidad del alma.

Eran mansos y sufridos, y pasaron naturalmente de la dominación incásica a la española. Sirvieron en “encomiendas” personales para las áreas cordilleranas, en cuya labor no tuvieron sustitutos.

Omaguacas.

Vivían en la quebrada de Humahuaca, y llegaron hasta Salta; algunos autores no lo consideran una unidad étnica sino el resultado de varias culturas que se fueron sucediendo en la quebrada. Físicamente se parecían a los atacamas, sus parientes, pero presentaban un grado mayor de cultura, y fueron —hasta que los dominaron los españoles— muy belicosos. Su nombre genérico no era “omaguacas” que fue el de una parcialidad del nortem famosa por su resistencia a los españoles. Poco se sabe de su idioma primitivo, pues al iniciarse la conquista se había extendido el *quichua* no obstante no ser dominados, sino simples tributarios, de los Incas.

Vivían en pequeñas aldeas y formaban tribus (*omaguacas, tilcaras, maimaras, jujuyes, etc.*). Eran, a diferencia de los atacamas, sedentarios y principalmente agricultores y habían aprendido el arte de irrigar la tierra. Lo mismo que los atacamas y algunos pueblos diaguitas, comprimían la cabeza de los niños.

Vestían mantas tejidas parecidas a las diaguitas, y como éstos y los atacamas calzaban ojotas. Eran, tanto hombres como mujeres, hábiles tejedores de mantas de guanaco y vicuña, que sabían teñir; también fabricaban cestas de paja. En trabajos de alfarería fueron inferiores a los diaguitas.

Su religión era totémica con la influencia peruana del culto a la tierra; temían a demonios a quienes hacían sacrificios y ofrendas. Creían en la supervivencia del alma y enterraban a sus muertos —generalmente en urnas funerarias— con armas y comida para servirles en otra vida.

Aunque resistieron el paso de los españoles, y el padre Lozano los consideraba “gentes belicosas y rebeldes”, no tardaron en resignarse al dominio español y trabajaron más o menos pacíficamente en las encomiendas.

Tonocotes y lules.

Nada tienen que ver racial o lingüísticamente con los indígenas anteriores. Fueron dos pueblos de llanura, de origen *mataco*, que aceptaron la dominación española.

Habitaban Santiago del Estero y la parte llana de Tucumán. Conocían la agricultura, por contacto con los diaguitas. Los hombres labraban la tierra con palas de madera dura en forma de remos para sembrar maíz y frijoles, y las mujeres recogían la cosecha. Tenían como todos los chaqueños, una talla elevada, nariz chata y pelo negro cribooso. Su lenguaje *tonicote* era un dialecto del *mataco*.

Vivían en cabañas construidas de ramas y cubiertas de hojas. Como los chaqueños usaban la *macana*, pesada maza de madera, además de flechas y lanzas. Algo nos ha llegado de sus tejidos, posiblemente femeninos, de fibras de chaguar o extraídas del palo borracho, y alfarería muy rudimentaria.

Sus ideas religiosas eran semejantes a las chaqueñas: creían en espíritus perversos, duendes “en forma de muchachos, provistos de alas grandes como la del avestruz para trasladarse con la velocidad del viento”: los llamaban *aittahs*, y atribuían las enfermedades pasajeras, accidentes leves y que producían los truenos y relámpagos para asustar. El rayo y la muerte provenían de seres diabólicos, los *ahots*, que vivían aislados en el monte o cerca de los cementerios. Mezclaban con este animismo, nociones de un culto solar, de evidente origen incásico. Practicaban la magia, y creían en el influjo de la luna en la preparación de la *aloja*.

Su resistencia a los españoles no fue duradera. Se dejaron empadronar y sirvieron pacíficamente en las encomiendas.

4. HABITANTES DEL LITORAL

Con este nombre llamo a los pueblos dominados que vivieron en la Mesopotamia, República Oriental, delta del Paraná, provincia de Santa Fe desde Rosario hasta poco más allá de San Justo. Habitaron lo que puede llamarse “zona de expansión guaraní”, aunque no todos pertenecían a esta raza ni empleaban su lenguaje. Están los *guaraníes* propiamente dichos y los *chanás* extendidos en un largo *hábitat* (*caracaráes, timbres, corondás, colastinésm cayastás, quiloazas, mocoretáes*, de la provincia de Santa Fe; *mbeguás, yaros, güenoas, minuanes*, etc., de la Mesopotamia, y *charrúas* de la República Oriental y oeste de Entre Ríos).

Los guaraníes.

Vivían en tres zonas separadas, pero formaban una unidad étnica y lingüística: 1) la región “misionera” en la provincia de Misiones y noroeste de Corrientes; 2) el delta e islas del Paraná hasta la altura de Santa Fe; 3) los *chiriguano*s del oeste de Salta y Jujuy.

Eran de regular estatura, color moreno cobrizo, cabeza redonda, rostro achatado, pelo negro y lacio. Su idioma fue hablado por muchos pueblos no guaraníes, y prevaleció en el nordeste argentino y Paraguay, y aun lo hablaron los españoles. Su característica, diremos “nacional”, era el uso del *tembetá*, guijarro que ponían a los niños en el labio inferior al llegar a la pubertad, costumbre que se extendió a muchos pueblos vecinos. Eran buenos músicos, y entonaban canciones melodiosas.

Vivían en pequeñas aldeas, en casas de barro o paja. Eran agricultores, sin dejar de ser cazadores y pescadores; empleaban azadas o palas de madera para arar sus sementeras de maíz, zapallo y mandioca (en el norte). Con la miel de las abejas silvestres preparaban bebidas fermentadas.

En tiempos de la conquista andaban “en cueros vivos como Dios los echó al mundo” dice Ulrico Schmidel. No dormían en esteras sobre el suelo, como los demás indígenas, sino en hamacas tejidas con pajas o algodón. Cada pueblo tenía un cacique, con autoridad limitada, y en caso de guerra se confederaban varias tribus y elegían un jefe supremo.

La mujer tenía absoluta libertad sexual antes del matrimonio —costumbre común a otros pueblos—, pero después de casada pasaba a ser propiedad del marido: el adulterio era fuertemente castigado. Éstas tenían todo el trabajo doméstico, mientras los hombres cazaban y guerreaban.

Su religión era fetichista, y su rasgo más destacado era comer a los enemigos para apoderarse de su fuerza y habilidad. No eran antropófagos habituales, sino por práctica ritual. Álvaro Núñez cuenta que cebaban a los prisioneros y “luego las viejas los despedazan y cuecen en sus ollas y reparten entre sí, y los comen, y tienen por cosa muy buena, y de allí en adelante tornan a sus bailes diciendo que es muerto el enemigo”. Se sabe, por eso, que Juan Díaz de Solís no fue muerto en 1515 por los charrúas como se dijo, pues éstos no comían carne humana, sino por los guaraníes. Creían en un Ser Supremo protector, que llamaban *Tupá*, y en demonios errantes, los *añás*, que habrían de alejarse por prácticas mágicas. Enterraban a sus muertos en urnas de barro, pero se han encontrado cementerios donde los cadáveres están depositados en el suelo.

No obstante sus costumbres guerreras; fueron sometidos por los misioneros franciscanos y jesuitas que aprovecharon sus buenas condiciones para hacer de ellos un pueblo laborioso y artista. Pero volvían a convertirse en temibles guerreros para defenderse, como ocurrió en la *guerra guaraníca*.

Los chanás

No formaban una unidad étnica, y se los supone mestizaje de guaraníes con guaycurúes y maticos. Muchos hablaban dialectos del guaraní, pero en algunas tribus se conservaba el *chaná* y el *giünoa*, formas dialectales de un primitivo idioma que no era de raíz guaraní.

Físicamente eran corpulentos, sin llegar a la talla de sus antepasados chaqueños.

Vivían de la caza y la pesca, pero algunas tribus habían llegado a la agricultura, y sembraban maíz, calabazas y habas. Comían carne de ñandú, ciervo y nutrias; como también pescados, especialmente el sábalo del Paraná, que “cazaban” con sus fijas o arpones desde canoas fabricadas con troncos ahuecados por el fuego. Conocían la alfarería y el tejido.

Sus viviendas estaban construidas con esteras de juncos; los hombres andaban enteramente desnudos, pero las mujeres se cubrían con un delantal. Sus pequeñas poblaciones eran regidas por los jefes de un consejo de jefes de familia. Como armas conocieron las flechas y las lanzas, pero los del sur tuvieron las boleadoras por su contacto con los pampas.

Al igual de los guaraníes, los hombres usaban el *tembetá* que en los timbres santafesinos se completaba con piedrillas en las aletas de la nariz; las mujeres se tatuaban la parte inferior de la cara y adornaban las orejas con pendientes.

Su religión era totémica, y cada estirpe tenía un animal emblemático. Se encuentran tejidos religiosos que representan tótemes de loros, patos, yacarés y de un extraño animal unicorne que era producto de su fantasía. A la muerte de un pariente próximo, tenían que cortarse una falange de la mano izquierda. No había entre ellos —al menos no se lo ha encontrado— vestigios de un culto solar o a un Alto Dios creador. Posiblemente lo perdieron, pues sus antepasados *guacurúes* y *guaraníes* tenían esa creencia.

5. HABITANTES DE LA LLANURA

Los pampas.

Los habitantes que encontró Pedro de Mendoza en las cercanías de Buenos Aires, y llamó *querandíes* —que algunos discuten fueran *guaraníes*—, se supone formaban parte de un pueblo cuyo *hábitat* era la provincia de Buenos Aires y La Pampa, y sur de San Luis y Córdoba. Los españoles les dieron después el nombre de *pampas* por la llanura habitada (cuyo nombre es *quichua* y quiere decir precisamente “llanura”), pero ellos se llamaban los *het*, que en su lengua quería decir “la gente”. Los araucanos los llamaron *puelches* o “pueblos del este” sin distinguirlos de los huarpes que vivían en Mendoza.

Poco sabemos de los *pampas*, que desde el siglo XVII fueron dominados y se mestizaron con los invasores araucanos que ocuparon su territorio atraídos por los caballos salvajes. Solamente que eran bien desarrollados y de mediana estatura, hablaban un idioma extinguido —llamado en lingüística, idioma *het*—, eran nómades, cazadores, de cultura muy rudimentaria y temperamento bravío. Trasladaban sus pequeños toldos de cuatro palos que sostenía una enramada de cueros secos según las necesidades de la caza del avestruz o del venado, de los que se apoderaban con boleadoras (su arma típica). También pescaban con anzuelos y redes. Usaban flechas, y en la guerra, como ocurrió en Buenos Aires en 1536, las usaron con manojos de paja ardiendo para quemar las cabañas porteñas.

Ignoraban la agricultura. Tostaban y molían las langostas voladoras para hacer una harina que comían en tortas. Con la algarroba fermentada fabricaban aloja. Su arte era elemental, limitándose a pocas muestras de alfarería y confección de canastillas y cestas de mimbre. Conocían el tejido y fabricaban bastos “ponchos” de lana de guanaco, y rudimentariamente la manera de coser pieles con agujas de pescado o hueso, que les servían de techo. Andaban

desnudos en verano, pero se cubrían con el “poncho” en invierno. Los varones habían adoptado, en las zonas cercanas al litoral bonaerense, el *tembetá* de los guaraníes.

Sus jefes solamente tenían autoridad en tiempo de guerra, y aun así con la aprobación del “parlamento” de guerreros.

De sus creencias religiosas nos han llegado dos divinidades, posiblemente tomadas de sus vecinos los araucanos: *Soychu*, el Alto Dios protector, y *Gualicho* o *Walichú*, el demonio. Nada se sabe de sus tótemes o estirpes.

Los españoles pretendieron reducirlos a las “encomiendas”. Fue imposible y acabaron por escapar al interior. Nadie los molestaba allí, y ellos no molestaban a nadie. Hasta que la pampa se cubrió de *baguales* (yeguarizos alzados) en el siglo XVII. Entonces los belicosos araucanos de Neuquén y Chile cruzaron la cordillera y los sometieron a su influencia y posterior dominio: el idioma *het* desapareció (Juan Manuel de Rosas encontró sus vestigios en la lengua araucana, en su *Vocabulario pampa* y *Diccionario español-pampa-ranquel*). También desapareció toda organización autónoma de los pampas que quedaron incorporados y mestizados por los invasores.

Araucanos.

Se llamaban a sí mismos *mapuches*, “gente de la tierra” (de *mapu*, tierra; *che*, gente), y también *aucas*, “libres”, y *moluches*, “gente de guerra”. Los españoles los llamaron araucanos, del nombre del valle de Arauco, escenario de las guerras cantadas por Ercilla.

Debemos considerar como araucanos tres pueblos o “reinos” en el siglo XVI: los *picunches*, “gentes del norte”, que vivían en territorio chileno desde Coquimbo hasta el sur de Santiago, y ocupaban la ladera oriental de la cordillera al oeste de Mendoza; los *huiliches* “gentes del sur”, desde Coquimbo hasta la isla de Chiloé; y los *pehuenches* “gentes de los pinos”, en la actual provincia de Neuquén. *Picunches* y *huiliches* eran agricultores y criaban cabras y venados domésticos; mientras los *pehuenches*, nómadas y cazadores.

Su origen se supone fue por amalgama de dos pueblos: uno primitivo, de pescadores y cazadores chilenos fusionados con otro de mayor cultura, llegado del norte cuando los incas ocuparon el Perú. De este pueblo conquistador provendría el lenguaje *mapuche* o *araucano*, las armas, el vestido, la manera de hacer la guerra y la agricultura. Físicamente se notan rasgos de ambos pueblos: los *picunches* son altos y bien proporcionados por predominio racial del pueblo invasor, mientras que los *huiliches* y *pehuenches* son más morrudos y bajos acercándose a los habitantes del archipiélago chileno.

Eran políticamente aristócratas, gobernados por “estirpes” (*mochuelas*) dirigidas por un toqui (*cacique*). La asamblea de los guerreros elegía a la “estirpe real” al *gúlmén* o Gran Cacique, que tenía el mando de un reino. En caso de guerra formaban una confederación y elegían un *Gran Gúlmén*.

En Chile sembraban maíz y mandioca, también comían carne de ñandú, guanaco, piñones de araucaria, fermentaban el jugo de frutos silvestres, y fumaban en pipas de arcilla un tabaco negro y fuerte. Sus viviendas eran de madera y paja: la de los picunches y huiliches eran mayores, a la manera de las “casas colectivas” de los pueblos oceánicos, pero en el Neuquén fueron más pequeñas y reducidas a una sola familia.

Los hombres vestían *chiripá* (que algunos creen de origen pampa), larga manta que envolvía las piernas; en verano llevaban desnudo el torso y en invierno se cubrían con ponchos tejidos; se dejaban largo el pelo que ceñían con una gruesa vincha. Las mujeres usaban el *tamal*, manta que se ceñía bajo los brazos y descendía a los tobillos, en invierno se tapaban los brazos y la cabeza con otra manta. A cargo de las mujeres estaban los trabajos de alfarería y tejidos, así como aquellos que no requieren fuerza ni valor. Los hombres hacían exclusivamente la guerra y la caza.

Los araucanos fueron, sobre todo, guerreros. Sus poetas (los *genpin*, “dueños del decir”) narraban las hazañas de sus héroes; y un pueblo que ama su historia, más en la forma de relatos épicos y leyendas marciales; debe necesariamente ser un pueblo heroico. Lo fueron los indómitos *aucas* que se negaron al dominio español y resistieron el embate cristiano durante tres siglos, hasta extinguirse. La resistencia de Chile fue cantada por Ercilla y Lope de Vega; pero la larga guerra sostenida en la pampa argentina no ha encontrado todavía su cantor.

Sus ideas y mitos religiosos.

Su religión reconocía a un Alto Dios creador, aunque no protector, llamado indistintamente *Tokinche*, “jefe de la gente” *Chachao* “padre de la gente”, o *Vuchá*, “el gran viejo”. No tenía representación personal y vivía en el cielo lejos de los hombres y ajeno a ellos. En cambio cerca de éstos, pero perdido en la noche y la naturaleza hostil, estaba el espíritu del mal, *Gualicho*, también llamado *Huecuvoé*, “el viejo que merodea por fuera”. *Chachao* no tenía culto; pero a *Gualicho* debería tenerse propicio con ceremonias mágicas y ofrendas de alimentos. Había rastros de un totemismo primitivo en la representación o nombre de las *mochuelas* (los “zorros”, *gnor*, de los ranqueles; los “piedra” *curá* de los boronas; los “chimangos”, *queo*, estirpe de cacique). Temían a los muertos y los enterraban lejos del poblado o toldería con alimentos y armas, así no venían a reclamarlas. Si era un *gúlmén* o un *toqui*, se sacrificaban animales sobre su tumba; en tiempos posteriores, a su caballo de guerra para que pudiera escapar de *Gualicho* e irse al cielo con el *Chachao*.

El mito de la creación, en realidad, en realidad posterior a la conquista de la pampa por los araucanos, es de una sugerente belleza. Tiene reminiscencias del mito griego de Prometeo y de leyendas judías y cristianas de la desobediencia impregnadas de una gracia pueril que no perdona a la figuras de Dios y Lucifer.

Chachao se aburría en la eternidad del Cielo. Quiso bajar a la tierra aun anegadiza y lluviosa donde las cosas eran efímeras y mutables; tomó la Vía Láctea, que entonces llegaba hasta la pampa, y es llamada “el Camino del Cielo” en la lengua vernácula. Gozó el Indio Viejo, que era solamente un eterno niño, ensuciándose las manos y chapoteando la tierra anegadiza; moldeó con barro figuras de fantasía y ensayó soplarlas para infundirles vida. Así fueron creados los animales. Para darles espacio donde correr, de otro soplo aventó las lluvias, secó los pantanos y dio firmeza a la pampa. Vio su imagen reflejada en una laguna y tuvo el capricho de reproducirla en estatuillas de dos pies que vestían como él, chiripá y poncho. No eran reproducciones perfectas, pues el Viejo estaba de buen humor y solamente buscaba reírse de sí mismo.

He aquí que un incidente hace tragedia a la comedia de la Creación. El fiandú, cansado de correr por la pampa seca, quiso subir al Cielo por la Vía Láctea y aprovechó la distracción de *Chachao* para ascender algunos tramos. Al darse cuenta el Indio Viejo que una criatura de barro iba a ensuciar las alturas celestiales, desató sus boleadoras y las arrojó al osado, que de una espantada volvió a la pampa dejando en el Cielo, a comienzos de la Vía Láctea la huella de sus tres dedos y garrón: La Cruz del Sur; también quedaron las boleadoras del Viejo, *alfa* y *beta* del Centauro, junto a la huella del avestruz. Ocupado en espantar al fiandú no se dio cuenta *Chachao* que su hermano *Gualicho* había descendido a la tierra y le gastaba una broma de soplar las criaturas bípedas acabadas esculpir. Se llenaron de espanto ambos hijos del Cielo cuando vieron a los objetos de barro moverse y discurrir como si fueran dioses. *Chachao* escapó horrorizado por la Vía Láctea; con su cuchillo de piedra cortó el camino del Cielo para que los monstruos no subieran. Dejó a *Gualicho* en la tierra en castigo de haberles infundido el aliento divino a unos grotescos y efímeros monigotes de barro.

Chachao no volvió más a la pampa, ni pudo salir *Gualicho* de ella. Desde entonces éste clama misericordia en las noches de tormenta con su voz de trueno cuando ve el rayo de su hermano en el Cielo. Inútilmente, pues la cólera del Indio Viejo es definitiva. Busca *Gualicho* destruir su imprudencia aniquilando a los hombres con enfermedades, guerras y hambres. Lo hace de lejos, pues verlos le causa horror y le remuerde la conciencia; por esto vive en lo profundo de los montes y sólo se arriesga a salir cuando las noches son oscuras. Como teme a los hombres, ha resuelto hacerse temer por ellos para que los hombres lo eviten: ulula en las noches para asustar a los viajeros rezagados con quienes tropieza imprevisamente, y se ha rodeado de una corte de espíritus malignos y retozones cuyo único objeto es protegerlo con un cerco de terror.

De esa travesura de un niño nacieron los hombres, híbridos de un aliento de dios en la envoltura de barro percedero. Temen a *Gualicho* que se oculta en la naturaleza hostil. Contra el terror cósmico de los lugares inconcebibles, y contra los rayos y truenos, diálogo constante de *Chachao* y *Gualicho*, sólo hay el recurso de estrechar los vínculos humanos. Nació así la toltería. El espíritu maligno no se atreve a entrar en ella y no se acerca al fogón que alumbraba la oscuridad.

Seguirá para siempre la lucha de *Gualicho* con los humanos. Si éstos han sido “buenos”, si han logrado dominar el miedo y la prudencia guió sus acciones, podrán ascender al Cielo una vez perdida su envoltura de barro, pues el camino de las alturas sólo es accesible a las almas. Allí serán estrellas de mayor o menor magnitud según haya sido el brillo de sus buenas acciones. Los otros, los cobardes y mezquinos, volverán al barro originario.

En su lucha contra el espíritu del mal, los hombres pueden valerse de muchas armas. La primera es juntarse en comunidades, pues *Gualicho* no entra en los lugares habitados: la sociedad se yergue contra el dios perseguidor como sola protección de los hombres; la toltería tiene un valor mágico, que se extiende a su nombre y a los símbolos de las estirpes que la habitan. Es la defensa contra el pánico que se esconde en la naturaleza hostil, el refugio necesario contra las fuerzas malignas que ambulan por la pampa. También pueden los hombres tener propicio a *Gualicho* concertando pactos que el dios acepta y respeta: darle la primicia de las comidas, ofrendarle algunos productos de la caza. Y pueden engañarlo porque la inteligencia de *Gualicho* no parece penetrante: ocultando su rostro con una máscara o con pinturas, se hacen pasar por *Chachao* que le promete el regreso al Cielo si hace cesar una peste, trae la victoria en una guerra, o vuelve propicio la caza. Claro que no todos conocen las palabras que llaman a *Gualicho* ni poseen la astucia para engañarlo. Solamente las brujas centenarias, conocedoras de la magia y sabedoras del ritual secreto y las palabras vedadas.

Los araucanos invaden territorio argentino.

Al empezar el siglo XVII la pampa se llena de caballos salvajes, que los indios llamaron *baguales* (de *casual*, caballo, derivado del español). Salen al encuentro de esta formidable riqueza los araucanos de Chile. Primero serán los *ranqueles* o *ranculches* (de *rancul*, “cañaveral”), pehuenches que dejan el Neuquén y levantan sus toldos de cuero de potro en la zona de lagunas al noroeste de Buenos Aires y sur de Santa Fe, Córdoba y San Luis; después los seguirán los *boronas*, desprendimiento —en realidad emigración de un pueblo casi entero— de los *huiliches* del sur que se establecerán en la zona de Salinas Grandes al sur de los *ranqueles*. Estas migraciones serán constantes en el siglo XVIII y mitad del XIX: la última fue la de *Calfucurá*, el poderoso “Piedra Azul”, que hacia 1834 elimina de las Salinas a la gente del cacique *Rondeau* y establece una confederación de pueblos de la pampa.

Los araucanos hicieron del caballo la base de su economía. Fue su transporte, su comida, con leche de yegua, alimentaron a sus hijos, calzaron botas de potro y construyeron las tolterías con sus cueros. Agricultores y sedentarios en Chile, en la Pampa fueron nómades y cazadores: levantaron las tolterías junto con las aguadas y ríos, que montaban y desmontaban según la caza de potros y la guerra contra los cristianos. Apenas como un recuerdo trabajaban los metales a martillo, especialmente plata, y sembraban algunas hortalizas en torno a las tolterías. La caza del caballo primero, y la guerra contra los cristianos cuando éstos amojonaron la pampa y marcaron con hierro al ganado (que los indios nunca entendieron porque consideraban la tierra y los animales tan comunes como el aire y el agua) fueron sus ocupaciones. Esa guerra, a la que nos referimos en su lugar, duraría más de cien años y terminaría con el aniquilamiento completo, o poco menos, del pueblo mapuche.

Las armas primitivas de los araucanos fueron las flechas, y sus largas lanzas de caña o palo rematadas con un manojo de plumas a medio metro del asta; después tomarían de los *het* las boleadoras, que como arma de guerra y caza les resultó insustituible. Las usaban bien haciéndolas girar en la mano, como arrojándolas a las patas de los caballos enemigos.

6. HABITANTES DE LOS MONTES

Vivían en el Chaco (el nombre es quichua y quiere decir “cacería de ojeo”), Formosa, norte de Santa Fe, noroeste de Santiago del Estero y oeste de Salta. En los años de la colonización española causaron muchas penurias a los pobladores de Tucumán, Santa Fe y Concepción del Bermejo, obligando al abandono de esta última, así como también

de Talavera, Esteco y otras ciudades del Tucumán. Periódicamente realizaban sus incursiones para esconderse después en los bosques chaqueños donde escapaban a las “entradas” punitivas de los españoles.

Los matacos.

Vivían en el oeste de Chaco y Formosa y este de Salta. Eran —y lo son porque perduran aunque han perdido el salvajismo primitivo— altos y de regulares facciones, de nariz achatada y pelo negro criboso. Andaban desnudos, salvo en las guerras, en las vestían cotas de tejido muy grueso impenetrables a las flechas y que embotaban las lanzas. Las mujeres usaban un delantal de cuero o tela hasta las rodillas.

Vivían en habitaciones de ramas que apenas les servían de abrigo, formando pequeños poblados. Nómades y cazadores, las cambiaban con frecuencia según sus necesidades. Perseguían el tapir, el ciervo y el avestruz. También recolectaban frutos silvestres, especialmente la algarroba, que fermentaban. Al llegar los españoles, su gran industria fue la guerra contra las poblaciones cristianas. Su lenguaje era vernáculo —el idioma *mataco* o *mataguay*—, de la misma raíz que el de *lules* y *tonotes*, sus parientes agricultores.

Mientras los hombres cazaban, pescaban o hacían la guerra con “macanas” (masas hechas de palo santo), flechas, lanzas y anzuelos de hueso, las mujeres realizaban los trabajos domésticos: conocían el tejido de fibras de chaguar, y una incipiente alfarería.

Al frente de cada poblado había un cacique —el *canniat*— elegido entre los guerreros que se confederaban para ir a la guerra bajo la dirección de un cacique principal —*canniat tizán*—, designado entre los *canniats*. Sus costumbres bélicas eran feroces: mataban a los prisioneros, conservando apenas como cautivos a los niños menores de 12 años. Como trofeo arrancaban a los enemigos el pericráneo, que amoldaban en forma de copa para beber sus licores fermentados.

Su religión era la animista de los tonotes, sin la creencia en un Alto Dios. Algunas tribus, por contacto con los guaraníes *chiriguano*s, enterraban a sus muertos en urnas. En señal de duelo las mujeres se cortaban el cabello.

Los guaycurúes

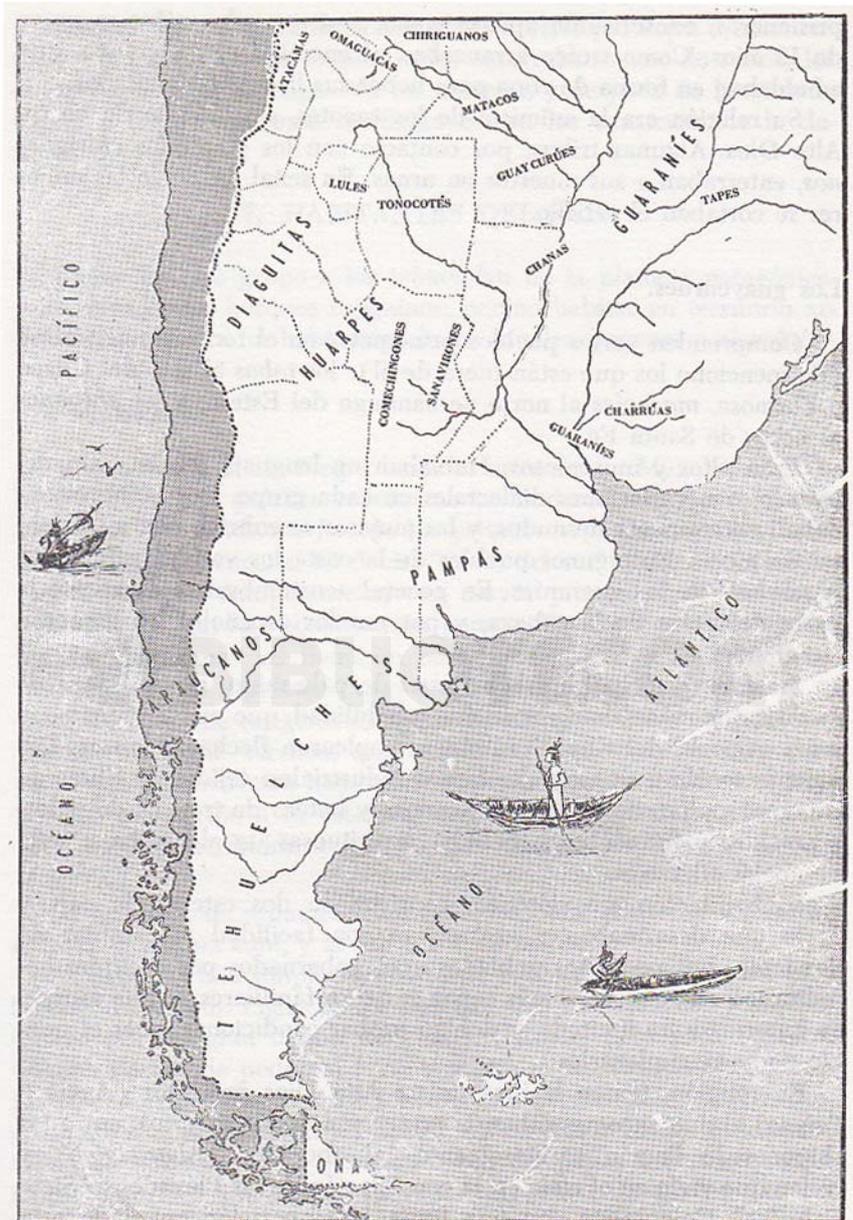
Comprenden varios pueblos principales en el territorio argentino (no menciono los que están fuera de él): los *tobas* al este del Chaco y Formosa, *mocovíes* al norte de Santiago del Estero, y los *abipones* al norte de Santa Fe.

Eran altos y musculosos. Hablaban un lenguaje común, afín del *mataco*, con variaciones dialectales en cada grupo. Los hombres andaban enteramente desnudos, y las mujeres se cubrían con un delantal de pieles. En algunos pueblos de la costa, los varones adoptaron el *tembetá* de los guaraníes. En general, acostumbraban a raparse la parte delantera de la cabeza, y por eso los españoles los llamaron “frentones”.

Su arma principal era la *macana* de palo santo, gruesa masa de madera que manejaban con fuerza y habilidad, que puede llamarse el arma nacional del Chaco. También emplearon flechas y lanzas. Las mujeres tenían a su cargo las faenas industriales: tejidos de fibras de caraguatá, alfarería, ahuecaban canoas y bateas de troncos de palo borracho y fermentaban bebidas espirituosas de algarroba o miel de abejas silvestres.

Su habitación era sintética; consistía en dos esteras de paja y pasto que desarmaban y acarreaban con facilidad al cambiar de domicilio. Los pequeños poblados eran gobernados por caciques hereditarios, eligiéndose al más capaz entre los familiares de una estirpe. Su autoridad era limitada, y debían probar condiciones, pues el pueblo podía reemplazarlos.

En religión, tenían la idea de un Alto Dios protector (*Ayaic* o *Paiyac*) al que encomendaban la protección de los muertos; entre los abipones lo llamaban cariñosamente “el abuelito” (*Ahar-aigich*) y creían que vivía en el cielo en la constelación de las Pléyades o “Siete Cabritas”. Celebraban con una fiesta la reaparición anual de esta constelación que indicaba el comienzo de la cosecha de algarroba y el tiempo de cazar animales gordos. Creían en seres maléficos causantes de las tormentas y los rayos, que traían los accidentes y las enfermedades. Sus brujos alcanzaban gran prestigio como sacerdotes y médicos. Tenían los *matacos* terror a la muerte por vejez o enfermedad, y huían de los moribundos o los enterraban antes de morir; los *abipones* sacaban la lengua de los muertos, y después de hervirla la daban a los perros como sortilegio contra los causantes de la defunción.



Los indios a la llegada de los españoles.

7. HABITANTES DEL SUR

Reúno en este grupo a los *tehuelches* de la planicie patagónica, y los *onas* de los bosques fueguinos; por no habitar en territorio argentino descarto a los habitantes de los canales, *yaganes* y *alacalufes*.

Los tehuelches.

Vivían desde el río Negro hasta el estrecho de Magallanes. “Tehuelches” es una palabra relativamente moderna compuesta de *Tehuel* “sur” en el idioma *het* de los primitivos pampas, y *che* “gente”, en lengua araucana. Es decir: “gente del sur” dicho en una mezcla de idiomas. Antiguamente, con mayor propiedad, se les decía *tehuelhet* en correcta construcción pampa. Pigafetta y los compañeros de Magallanes los llamaron *patagones* por su gran talla: eran “tan altos —dice Pigafetta— que nuestra cabeza llegaba apenas a su cintura”. Hay una exageración, pero de cualquier modo su talla media era de 1m80. Viedma, que estuvo entre ellos en el siglo XVIII, dice “que no encuentra hombre o mujer flaco, antes todos son gruesos con proporción a su estatura; eso, y usar ropas del cuello a los pies, habrá contruido a que algunos viajeros los tuvieran por gigantes”.

Su lenguaje, de pronunciación dura y áspera, tiene dos dialectos: al norte el idioma *kuni*, y al sur el *shon* o *tshon*.

Su casa era una simple mampara de cuero de guanaco para protegerse del viento. Pigafetta los describe con un taparrabo sintético, tapado por un gran manto de guanaco con el pelo para adentro. Usaban flechas de pedernal (no menciona el cronista de Magallanes las boleadoras usadas por los tehuelches septentrionales de Río Negro, pero que no tuvieron los habitantes de Santa Cruz). Se alimentaban de carne cruda de guanaco o venado, papas silvestres y otros frutos naturales sin hervir. Llevaban el pelo cortado “en aureola como los frailes”, sostenido por una vincha donde colocaban las flechas cuando iban de caza. Calzaban cueros de guanaco atados al pie.

Cazaban con cebo para atraer a los guanacos, y matarlos a flechazos. Ignoraban la cerámica y el tejido.

Se gobernaban por caciques hereditarios, que dirigían la caza, la mudanza de la toldería, o la guerra. Seguirlos era voluntario: cada individuo podía cambiar de toldería y ponerse a las órdenes de quien más le conviniese.

Su religión —según Pigafetta— se reducía a temer a un “diablo mayor”, a quien llamaban *Setebos*, y muchos diablos pequeños, los *cheleles*. Sin embargo, Falkner y otros viajeros posteriores hablan de dos potencias: un Alto Dios creador, que vivía en el cielo sin inmiscuirse en las cosas humanas después de haberles enseñado a encender el fuego, y otro a la vez bondadoso y riguroso a quien debía temerse y por lo tanto tener propicio: a éste lo llamaban los de Río Negro *Gualichú* o *Guayavakuni* (que quiere decir “señor de los muertos”). Es semejante la creencia de los araucanos, posiblemente introducida por contacto con ellos. O Pigafetta no habrá reparado sin en el Dios que inspiraba temor y tenía culto.

Temían a la muerte por causas naturales, y quemaban lo perteneciente al difunto. Lo depositaban en el suelo con los brazos y piernas recogidos, cubriendo la tumba —*chenque*— con piedras. Sus sacerdotes usaban hachas de piedra grabadas —*pillan-toki*— en señal de autoridad y posiblemente para sus prácticas mágicas.

Los onas.

Habitaron los bosques de Tierra del Fuego. Por su idioma de sonidos explosivos y escasas palabras, que es un derivado del *shon* de los tehuelches del sur, se los tiene como parientes de éstos. Carecían de organización social, y cada familia vivía aislada en pequeños habitáculos hechos de palos y cueros abiertos por arriba para encender fuego. Eran físicamente bien desarrollados, aunque más bajos que los tehuelches, de ojos pequeños y oblicuos y fisonomía abierta. Vestían mantos de pieles de guanaco o zorro con el pelo afuera (a diferencia de los tehuelches) y se ponían los hombres en la cabeza el *kocherl*, vincha de guanaco, distintivo con poder mágico de los cazadores. Las mujeres usaban una pequeña tira de cuero.

Sus armas eran las flechas de punta de piedra o hueso, y el arpón de hueso que empleaban para matar lobos marinos. Su alimentación consistía en carne, apenas asada al rescoldo, de guanaco o *tucutucu*; los más cercanos al mar comían también peces, moluscos y lobos marinos.

Carecían de la noción de un Alto Dios, tampoco tenían representaciones totémicas. Sus ideas religiosas eran limitadas: los hombres no creían en nada, pero las mujeres se atemorizaban con espíritus y trasgos que les salían al cruce apenas se alejaban de su morada. Según la tradición que se revela sólo a los hombres al llegar a la pubertad, hubo un tiempo en que gobernaron las mujeres y asustaban a los hombres con apariciones fingidas para dominarlos; pero los hombres descubrieron el secreto, mataron a las mujeres mayores dejando solamente a las criaturas, y desde entonces gobiernan valiéndose del temor que se empleaba contra ellos. Ahora devuelven a las mujeres el terror a los demonios, fingidos por ellos, pero advierten a los muchachos al llegar a la pubertad —y esa ceremonia se llamaba *kloketen*— que es solamente un engaño para mantener el dominio masculino y que las mujeres trabajen y sean dóciles. El varón que revele el *kloketen* a las mujeres tendría pena de vida.

REFERENCIAS

- FRANCISCO DE APARICIO, *La antigua provincia de los comechingones*.
— *El Paraná y sus tributarios*.
EDUARDO CASANOVA, *La quebrada de Humahuaca*.
— *El altiplano andino*.

JOAQUÍN FRENGUELLI, *La serie geológica de la República Argentina en sus relaciones con la antigüedad del hombre.*
JOSÉ IMBELLONI, *Lenguas indígenas en el territorio argentino.*
FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *La antigua provincia de los diaguitas.*
MISIONEROS SALESIANOS, *Los Shelknam.*
ENRIQUE PALAVECINO, *Las culturas aborígenes del Chaco.*
ANTONIO SERRANO, *Los primitivos habitantes del territorio argentino.*
MILCIADES ALEJO VIGNATTI, *Los restos humanos y los restos industriales.*

ELBIBLIOTECOM